

un doctor ó un simple abogado el objeto de un culto especial de su parte. Asi la idea de gerarquía, la idea de autoridad se reproducia por donde quiera bajo nuevas imágenes, idéntica siempre en el fondo. La Inquisicion en una sociedad asi construida era una institucion de mero lujo.

Pero si el rey dominó asi, no se crea que el hecho aristocrático de la conquista no trascendió al carácter de aquella sociedad. Ya he hablado de los nobles y de las encomiendas: he aqui aún otras consecuencias. Por mas que la ley pugnase por disminuir las desigualdades sociales introducidas por la conquista, todavia esta desigualdad fué un hecho constante y continúa siéndolo en la organizacion de aquella sociedad, presentando entonces y mas especialmente hoy el obstáculo mas sério á la consolidacion de un pleno orden legal. El resultado definitivo es, que el elemento bruto se halla alli en infinita desproporcion con el inteligente en la combinacion social. El indígena, que ya es cerca de una mitad, compone con las castas los cuatro quintos de aquella poblacion.

El gobierno español trató al indio de menor; el nacional le ha declarado ciudadano. ¿Quién de los dos ha acertado? El primero era al menos lógico al partir de la des-

igualdad social, mientras el segundo ha negado este hecho con el santo fin de hacerle desaparecer de encima de la superficie de la sociedad: pero ¿ha olvidado Méjico independiente la primera máxima en la ciencia del gobierno, á saber, que la ley no crea el hecho, sino que le sanciona y modifica? Si siquiera hubiera acompañado su filantrópica resolucion de alguna medida propia para hacerla triunfar, al fin habria motivo de esperar, pero entre tanto la ciudadanía de los indios es y será á la manera de un edificio construido en las nubes. Ellos se cuidan tanto de su ciudadanía como de la cosa que menos, y solo sienten verse confundidos con los demás para levantar las cargas, por cierto nada lijeras, del nuevo orden de cosas.

Otra consecuencia de la conquista fué la difusion de un espíritu militar que, careciendo de alimento propio, se cebó en los hábitos públicos, impregnándolos de cierta vanidosa ostentacion de riquezas y distinciones y de un poco de fanfarronería. El sable era un apéndice necesario en el costado de todo caballero andante, asi como el machete en el de todo rancho. Por desgracia tales apéndices no son hoy objeto de pura ostentacion, sino instrumentos necesarios y mil

veces insuficientes de la propia defensa. Como quiera que sea, este espíritu militar que durante trescientos años se alimentó de batallas, se ha desarrollado con la mayor fuerza desde la guerra de la independencia, y amaga concluir en Méjico con toda institución, cuando uno de los mas bellos triunfos del gobierno colonial fue el haberle hecho dormir por tanto tiempo á fin de que campease solo el poder civil. Es curioso ver á los llamados republicanos tan adornados de plumas, de cintajos y bordados; y sería este un bonito tema de pasatiempo locuaz, si ese vil oropel no encubriese una profunda llaga social.

Nació de igual origen ese señorío que aún es de advertirse en Méjico, y una franqueza de mano para gastar que raya en prodigalidad. Los conquistadores transmitieron á sus descendientes este legado con sus títulos y fortuna, y bajo de tal modelo se fue acrecentando la clase de señores, y reclutándose de nuevas vinculaciones y aun de la primera generacion regularmente acomodada del español. Fatal era la obcecacion de este en el punto de la educacion, y ruinosas han sido las consecuencias de su descuido en el destino posterior de la sociedad. Esos hábitos de señorío estaban gran-

damente secundados por el clima, que convidaba á gozar, y por la feracidad del suelo, que permite tan facilmente allegar una fortuna. El español cuyo trabajo ímprobo la formaba era económico en su persona, mas espléndido en el sostenimiento de su familia y en acudir á los llamamientos que á su generosidad hacia la sociedad: el criollo en cuyas manos caia esa fortuna, que no habia contribuido á formar, no retenido por una educacion severa, y avezado desde muy temprano á gozar, la disipaba prontamente, incapaz de ordinario hasta de conservarla. Estos hábitos inmorigerados esparcian sobre la sociedad un ambiente letal que emponzoñaba las costumbres y alicortaba de pronto el progreso; y mas tarde, cuando la sociedad habia de variar de rumbo y dejar de sentir la influencia benéfica del trabajo del español y de las instituciones que le protejian, tenian que convertirse en la rémora mas pesada de la consolidacion del nuevo orden de cosas. Alguna mejora he observado en este punto, y de desear es que continúe, si aquella trabajada sociedad se ha de asentar en fin sobre la base consistente de la moral y del trabajo.

Tal fué la lucha, tales los combatientes

y el resultado. La sociedad que de aquí provino era en su fondo democrática, dominada como estaba por el sentimiento religioso y por el de la igualdad civil, al menos en su porción mas inteligente; mas el principio aristocrático, ayudado del clima y del terreno, depositó en su seno la levadura de sus malélicas tendencias sin el gérmen de ninguna de sus virtudes, y grandemente incapacitó á la sociedad para que pudiese operar un dia la difícil evolucion indispensable para conquistar la nacionalidad, despojándola de hábitos de moralidad y de gobierno. El poder era grande y fuerte, animado por el principio monárquico, desempeñado por un personal plebeyo, exclusivo de toda participacion de la sociedad y ejercido siempre en el interés del mayor número y del principio santo de la igualdad. Su política, un tanto recelosa, hubo al fin de abrirse aunque con cautela á miras mas ilustradas, que abrieron á aquella sociedad una era de gran prosperidad. La creacion de intendentes, el arancel de 78, que soltó al comercio en gran parte los grillos del monopolio, la ordenanza de minería y organizacion y fomento de este ramo, con otras medidas administrativas, obra todo ello del gran Carlos III, marcaron esta era dichosa

que debia tan pronto concluir en la independencia.

Todo este aparato de gobierno no estaba ciertamente calculado para empujar á la sociedad por una rápida pendiente de progreso, ni para operar esos prodigios con que se ha visto en nuestros dias bosques ó desiertos trasformarse en pocos años en ricas poblaciones, hirviendo en fábricas y en comercio: tales milagros están hoy en dia no poco desacreditados, y se empieza ya á desear un progreso mas lento y menos artificial, que difunda el bienestar y no lo circunscriba, que labre al hombre en el sentido moral como en el físico, que encadene al ciudadano con la patria y no le divorcie del orden público: se empieza en fin á echar de menos el mesurado crecimiento de la planta al aire libre, no el rápido que se logra por medio de estufas.

Sin embargo, el espíritu de los tiempos llegó á estar reñido con el quietismo de la sociedad hispano-americana. El mundo habia recibido una sacudida inmensa de dos grandes acontecimientos, desprendidos de la region de las ideas para agitar y remover la política en el sentido de la libertad y del bienestar de los muchos; la independencia de las colonias inglesas y la revo-

lucion francesa. Una nueva era acababa de abrirse en la vida de las naciones, un nuevo mediterráneo que inundar con sus aguas el océano de la actividad humana. Era preciso que en este torbellino fuesen envueltos los pueblos, y que en él sucumbiese el antiguo orden de cosas. El Nuevo-Mundo no podia resistir á este embate furioso, y cualquiera que fuese su ulterior destino debia de ceder por de pronto á la ley irresistible de los tiempos. Pero el antiguo edificio se encontraba en él tan bien cimentado, que para derribarle hubieron de intervenir otras causas como auxiliares.

Si es exacta mi manera de ver el antiguo estado social de Méjico, Méjico no ha podido constituirse por sí sola. La accion en la metrópoli era para aquella sociedad, no una cosa indiferente, sino una condicion esencial de vida: la vivificaba además la sangre de la península, tan llena de espíritus generosos y tan adaptada á su organizacion. Méjico ha roto con todo este pasado y ha partido su existencia en dos pedazos, de los cuales el tronco, que contenia las entrañas, le ha arrojado muy lejos de sí, mas se ha quedado con las estremidades que por un momento han palpitado con una vida convulsiva, cual acaece con la

cortada cola de una serpiente: asi tambien por un corto espacio sigue corriendo el arroyo por bajo de la cortadura que desvia hácia otro rumbo las aguas del manantial.

Esta impaciencia de Méjico, hija de su poca edad, la ha perdido y nos ha perdido. Presentóle coyuntura la fortuna y la acogió en el instante, sin parar mientes en la oportunidad del lance ni en las dificultades de la empresa. ¿Tan mal gobernada se encontraba en 1808, que no hubiera humanamente podido aguardar aún una sola veintena de años? Ciertamente es que bajo los últimos vireinatos habia sentido sobre sí el hálito emponzoñado de la corrupcion; cierto que la aciaga administracion de Godoy habia puesto á prueba su paciencia, y que su rapacidad la habia herido en lo mas vivo; cierto en fin que no carecia de otros motivos de queja, de aquellos que todo pais tiene contra sus gobernantes; mas las instituciones que poseia tenian aún un corazon sano, bastaban á neutralizar aquellas malélicas influencias, y todavia funcionaban admirablemente. Esas instituciones, sostenidas de un gran prestigio, estaban animadas por un espíritu benéfico y protector á la par que ilustrado. No, nosotros jamás fundamos colonias para esquilmarlas

como tantas otras naciones, sino para vaciar en ellas toda nuestra existencia nacional, para poblarlas de soberbias ciudades y embellecerlas con todo género de monumentos é instituciones, para dotarlas de todo cuanto poseíamos y de todo cuanto éramos, para gobernarlas en fin suavemente y con yugo infinitamente mas lijero que el que sobre nuestros cuellos por acá pesaba. Eramos pues acreedores á otro tratamiento que el que con nosotros han usado nuestros hijos, los cuales se han hecho independientes, porque abrigaba su corazon bastante villanía para especular sobre nuestra credulidad é imprudencia en otorgarles derechos políticos y para aprovecharse astutamente de nuestra desgracia, no porque precediese provocacion de nuestra parte ni una marcada pertinacia en desoir legítimos clamores, como lo uno y lo otro se verificó respecto de los colonos ingleses del Norte-América: Dios no protege semejantes causas.

Una colonia, sobre todo cuando es tan grande y tan importante como Méjico, está destinada en el orden de los sucesos humanos á llenar un hueco en la comunidad de las naciones y continuar el nombre de la que le dió el sér; asi como en el orden de la naturaleza el hijo está llamado á ocu-

par el lugar del padre, y añadir un eslabon mas á la cadena de los seres. Hay en el gobierno de una colonia lejana cierta cosa que choca, un obstáculo que se aumenta por grados á medida que la colonia crece y se hace mas poderosa, hasta que llega un dia en que la sorda lima de la corrupcion, si no otra causa violenta, gasta en fin los débiles anillos que la mantenian ligada, y la union desaparece entonces y la colonia se hace nacion. Sabíamos esto nosotros, y veíamos en la corrupcion creciente el nuncio fatal de la emancipacion de las colonias: un espíritu generoso de liberalismo abogaba además dentro de nuestra propia conciencia por la independenciam de la América; todo en fin anunciaba que el espíritu público se iba madurando para la adopcion de esta gran medida. Un español de gran renombre por su conocimiento de la política y del mundo y por su patriotismo, se habia atrevido á proponerla á Carlos III, cuyos oidos en tan mala hora se habian abierto á una bien fatal política colonial: esa medida adoptada entonces, cuando la autoridad de la metrópoli se conservaba entera y su poderío era tan grande, habria hecho la suerte de España y América, y ahorrado al mundo mas de una catástrofe.

Pasada aquella ocasion brillante aún era tiempo de hacer algo, y con efecto se habria conseguido no poco; pero en vez de esto se agolparon tumultuariamente los hechos, y, cual de ordinario acontece, arrastraron en pos suyo la política; política ciega y fatal en que para nada figura la prevision humana, y en que la dicha de las naciones se juega contra mil y mil eventualidades. Tócame ahora el triste papel de notar estos hechos mas principales y de caracterizar su tendencia.

Habia ante todo una predisposicion á la independencia en el odio que separaba al *gachupin* del *criollo*. Es de notar que este odio vivia en toda su fuerza en el pecho del hijo del español, á quien se le antojaba que su padre, porque vestia chaqueta, se afanaba en labrarle una fortuna y venia de un origen humilde era un sér indigno de él, de su cuna de plata y maneras de señor: asi envolvia en un odio comun al español que se iba y al que venia, al rico y al desvalido, al que gobernaba y al que trabajaba; viendo en todos siempre al aborrecible extranjero que acudia á chupar la sustancia de su privilegiado suelo. Ese odio iba decreciendo segun que la generacion se apartaba de la cepa de la península, y no era

extraño entonces verle convertido en adhesion entusiasta, como de ello se vieron mil heróicos ejemplos en la lucha de la independencia, hasta que por fin desaparecia en las castas, que si no nos querian mucho, como no tenian pretensiones tampoco nos aborrecian, y en los indios, que si nunca nos perdonaron la conquista, aceptaron no obstante nuestra superioridad, tan templada por la ley y por la religion.

Nutriase el odio del criollo, ya de las consideraciones apuntadas, ya de la fortuna que de ordinario coronaba las empresas del español, ya del consiguiente ascendiente de que gozaba en aquella sociedad, ya en fin de la parte activa que tomaba en el gobierno. Este odio, si no era justificable en moral, tenia cuando menos una esplicacion cómoda en la miserable condicion humana. Como quiera que sea, se cuidaba muy poco de esa hostil disposicion el español, seguro como se hallaba de su superioridad; y acaso añadia leña al fuego esa misma indiferencia altiva con que marchaba tranquilo en pos de su destino, esa orgullosa generosidad con que devolvia bien por mal.

En cuanto á los empleos, la política de España fue mantener siempre en fiel la balanza de su distribucion entre europeos y

americanos; llegando acaso su generosidad hasta confiar á los segundos mandos superiores en América, no sin derogar empero las máximas capitales de su gobierno. Este tema, que tanto dió que declamar á los americanos, careció siempre de fundamento, no habiendo habido jamás metrópoli que haya llevado mas lejos en este punto su generosa despreocupacion. La administracion de Méjico estaba animada antes de la independenciam de un espíritu general de probidad é inteligencia. Hoy nuestro gobierno no tiene por qué enorgullecerse de la administracion de sus colonias, que se va haciendo proverbialmente incapaz é inmoral, y que si el favoritismo sigue y el espíritu de pandillage en la provision de los empleos, acabará con las colonias; pues si aún se sostienen ellas en nuestro poder á pesar de su material prosperidad, es porque hay un legado de gobierno que las administraciones pasadas nos han trasmitido, es porque aún dura allí un núcleo de buenos empleados que neutraliza el maligno influjo de esa otra nube de imberbes y voraces satélites que incesantemente, y cual si fuesen aves de rapiña, abaten su vuelo sobre aquella su legítima presa. Cuando las naciones doblan la cumbre donde por un

momento han respirado el aire de la fortuna y de la prosperidad para despeñarse por el opuesto declive de su decadencia, ponen un cuidado particular en rodearse del cortejo de leyes y de instituciones, en aparecer sábias á los ojos del mundo: la ciencia entonces las precede magestuosa en el camino de la tumba. Entre nosotros se habla mucho de Consejos de estado, de ministerio de Ultramar, de juntas y de sabios informes: yo le diria á nuestro gobierno: *envia buenos empleados á tus colonias.*

El odio aquel reventó en 1808 con motivo de la prision del virey Iturrigaray, y partió en dos campos la sociedad mejicana; sin embargo, el partido de la independenciam no se reclutó hasta 1821, salvas contadas excepciones, sino de la hez de los criollos: lo mas granado de ellos estuvo hasta entonces de parte del rey, y contribuyó á la par de los españoles á domar la escandalosa rebellion. Hasta á las mismas masas ignorantes y ciegas tuvieron los caudillos de la revolucion que embaucarlas con una falsa adhesion á Fernando, y que estimularlas por otra parte con el cebo del robo y de la matanza. Invocar el sagrado nombre de la religion para una obra tan infernal fue la hazaña del héroe de Dolores. ¿Qué esperar de una

empresa inaugurada bajo tan negros auspicios? ¿Qué de la causa del robo y del asesinato, capitaneada por un ministro del Señor en nombre de su sacrosanta ley y á la voz de *viva nuestra Señora de Guadalupe y mueran los gachupines?* América, América, ¿son de igual estofa todos tus decantados héroes?

Sin embargo, el cura Hidalgo era entonces la espresion genuina y salvaje de ese odio reconcentrado contra los gachupines, que fue en sus manos la palanca mas poderosa de rebelion; de ese odio que en Iguala habia de tomar un elegante disfraz, para ostentarse luego con la fuerza de una conviccion y de un sistema, y mas tarde prorumpir con virulencia en la espulsion de los españoles.

Otra de las causas que de lejos minaron nuestra dominacion en América fue la secularizacion de los beneficios curados; tortuoso camino en que entró el gobierno ya desde la estincion de los jesuitas. Las Ordenes religiosas estaban por dobles vínculos ligadas á la obediencia de la metrópoli, y su inmenso influjo se empleaba en mantener en el pueblo un espíritu de buena inteligencia y sumision hácia el gobierno; mas ocupados los puestos importantes de la cura

de almas por individuos no disciplinados por ningun espíritu de cuerpo, y que por origen, ideas y hábitos estaban en mas cercano roce con el pueblo, el buen sentido de éste hubo de malearse, aunque no sin gran dificultad y artificio, y de estraviarse por sus pastores fuera de la trillada senda de la obediencia, tan luego como se presentó ocasion favorable. Asi en Méjico el bajo clero fue el instigador y fautor eterno de la revolucion, á la que armó, si no de doctrinas que no poseia, de odios y de venganzas que le dieron cuerpo, y la proveyó además de sus mas renombrados adalides.

En cuanto á las doctrinas, antes del año de 808 no habian penetrado en Méjico, salvo en contadas cabezas, las ideas volterianas de la revolucion francesa y las mas filosóficas de la americana; mas á poco vióse abundantemente surtido el arsenal revolucionario, y todas las proclamas y proyectos que salian de él llevaban su sello característico. El principio de la soberanía nacional en ellos proclamado es el grito de guerra que ha conducido á los pueblos modernos al asalto del alcázar de la tiranía; pero no puede proporcionarles despues de la victoria un centro de reunion, ni su genio destructor puede soplar en el cuerpo social ese

aliento de vida, ó depositar en su seno ese germen de organizacion sin el cual no existen las naciones. Los mejicanos, que vieron que el principio de la soberanía obraba prodigios cuando se trataba de disolver los vínculos de la obediencia y divorciar al pueblo del gobierno, le creyeron igualmente maravilloso para organizar, y se abandonaron indiscretamente á él despues de haber conquistado su independencia: un amargo desengaño ha venido á hacerles conocer que no se violan impunemente las leyes sobre que plugo á Dios asentar el orden de la sociedad humana, y que hay momentos en que la victoria puede ser uno de los mas crueles azotes con que castigue la divina Providencia las demasías de un pueblo.

Nosotros tuvimos buen cuidado de dar á Méjico este bautismo liberal y de iniciarle en la carrera de la revolucion. Nuestra tribuna y nuestra imprenta en la primera época constitucional le sirvieron de un excelente aprendizaje teórico-práctico con el ejercicio de la constitucion, en tan mal hora importada en América. Las ideas liberales se recibian alli con un favor casi universal: asociadas á la heroica lucha de la independencia y ricas de porvenir, contaban con mil

prosélitos entre los españoles, y los naturales á su vez las recibian sin reserva por la gran mano que desde luego daban á las colonias en el gobierno y anchísima puerta que abrian á sus ulteriores pretensiones: no les engañaba en ello su seguro instinto de independendencia. El ejército espedicionario enviado por las Córtes fue una oficina ambulante de liberalismo, hasta que llegase el dia, que no tardó, en que habia de hacer la independendencia.

Pero al propio tiempo habia alli una cierta porcion de hombres públicos y privados empapados en el espíritu del antiguo sistema colonial, que por instinto rechazaban la invasion de las ideas liberales, para cuya recepcion en manera alguna conceptuaban preparados los ánimos, y que prevenian iba á dar por el pie al árbol frondoso de la dominacion marítima de España. La famosa esposicion del consulado de Méjico á las Córtes sobre el particular puede considerarse como la espresion, bien que exajerada, de esta reaccion del espíritu colonial contra la accion turbulenta de las recientes teorías de gobierno.

El apoyo físico y moral de los extranjeros merece tambien contarse entre las causas de la independendencia. Ya desde el

principio emisarios ingleses y franceses sondeaban los ánimos y contribuían á debilitar el vínculo colonial. La revolucion americana contaba con un favor inmenso en el mundo, ansioso como se hallaba de grandes acontecimientos y deslumbrado por la prodigiosa fortuna de los Estados-Unidos. El baron de Humbold habia abierto sobre América los ojos de Europa, que grandemente se conmovió del hallazgo de este tesoro escondido, y se irritó de verle en las estúpidas manos de esta nacion de frailes, la España. Su adulacion hizo concebir á América ideas de sí misma, que en manera alguna ha justificado el ulterior ensayo hecho de sus fuerzas. Nueva en la vida y ya aclamada universalmente, creyóse en su necio desvarío llamada á reformar los destinos del mundo y abrir una era á la política y al comercio. Efectivamente está llamada á ejercer este inmenso influjo por su terreno y posicion, pero no será sino cuando salga de las imbéciles manos que ahora la gobiernan, ó mas propiamente, que ahora la tiranizan. De todos modos la impaciencia de Europa produjo la impaciencia de América, y que se precipitase en ese abismo sin fondo de las revoluciones, de que no sabemos cuándo saldrá.

La Inglaterra sobre todo en su desapo-

derado mercantilismo se mecía en dorados sueños de prosperidad tan luego como le fuera dado entronizar sus máquinas y capitales en aquel suelo privilegiado, por cuyas entrañas veía su ojo avariento con estremecimiento de placer trascurrir raudales de oro y plata, que en lo sucesivo habian de venir á desembocar sin rodeos en el espacioso golfo de sus cofres, menos capaz aún que su codicia. Asi que, no bien la revolucion mejicana dió seguridades de entrar en el camino de la libertad, cuando por desquite de las derrotas de su política en Europa, y en realidad fiel á la política mercantil de su nacion y al odio sagrado votado por ella á nuestra dominacion americana, el presuntuoso Canning *llamó á la vida á todo un mundo*, cuya actividad y liberalismo contraponer á la inercia y tortuosos giros del antiguo. No sabia el gran político que á lo que la mágia de su palabra llamaba á ese nuevo mundo no era á la vida ordenada de la libertad, sino á la fiebre, á la pesadilla eterna de las revoluciones; y que lo que á sus avaros compatriotas preparaba era una larga serie de crueles engaños. Asi la Providencia se complace en anular los fallos arrogantes de la soberbia humana, y en enseñarnos que no es el mas

corto el camino que señala la impaciencia para nuestros fines, y que á la felicidad no se llega por atajos, salvo por el ancho, sino muy trillado camino de la probidad y del trabajo.

Todas estas causas necesitaban de un momento propicio de accion, y la fortuna se le ofreció á Méjico en la desorganizacion del poder de la metrópoli, debida mas que al choque de las bayonetas francesas al disolvente de la libertad, tan mal comprendida entre nosotros. No bien el eco del Dos de Mayo y del levantamiento de España resonó en Méjico, cuando Méjico quiso tambien levantarse y tener su junta, esperando en esta actitud imponente los acontecimientos con capa de conservar para Fernando tan rica y codiciada posesion. El partido español, hasta alli omnipotente, vió de una sola mirada las últimas consecuencias de este atrevido paso, y fiel á sus patrióticos impulsos, si no escesivamente prudente, determinó atajar al mal sus avenidas y ahogarle en su misma cuna. La ruidosa prision del virey fue la inmediata catástrofe de esta singular comedia, que preludia al drama sangriento de la revolucion. Las dos fuerzas beligerantes viéronse por la vez primera en presencia; y si bien cupo la suerte del vencimiento

y de los calabozos al partido independiente, el español dióse á sí mismo con insensata mano la primera y mas profunda de sus heridas, porque acababa de destruir el prestigio de trescientos años, y la autoridad no podia ya hacerse respetar sino armada de puntas de acero y de bocas de bronce. Sin embargo, á la altura á que habian llegado los sucesos no sé cuál otro partido quedase que tomar para asegurar la dependencia colonial de Méjico.

Dos años despues el grito de Dolores vino á encender el fuego del combate, y á someter á la ciega decision de las armas una causa no ventilada aún ante el tribunal de la razon y de la conveniencia; mas hubo de comenzar la pelea bajo tan negros auspicios, que los hombres honrados y pudientes del partido independiente se mantuvieron neutrales, ó se inclinaron del lado del gobierno para ayudarle á restablecer el orden comprometido de una manera tan brutal. No es mi ánimo engolfarme en los detalles de esta lucha cruel, sobre cuyo negro fondo resaltan con divina luz algunos rasgos de heroicidad y de entusiasmo. Entre ellos figura prominentemente la conducta sublime del general Bravo, uno de los caudillos de la revolucion, quien al recibir la nueva de haber